

*Oikos y oikonomia:*  
El análisis de las unidades domésticas  
de producción y reproducción en el estudio de la  
Economía antigua

María Dolores MIRÓN PÉREZ

Instituto de Estudios de la Mujer  
Universidad de Granada  
dmironp@ugr.es

**RESUMEN**

Este artículo analiza los términos *oikos*, que designa a la unidad básica de producción y reproducción en Grecia antigua, y *oikonomia*, el saber que se ocupa de él, y del que deriva la palabra actual “economía”. Tras discutir la aplicación de las categorías económicas actuales al estudio de la economía en las sociedades antiguas, se propone el rescate de ambos términos y la utilidad de la producción doméstica y la reproducción, y, por tanto, las relaciones de género, como categorías de análisis para una comprensión más completa de la economía griega.

**Palabras clave:** género, mujeres, unidad doméstica, economía.

**ABSTRACT**

This article analyses the words *oikos* —that designs the basic unit of production and reproduction in ancient Greece— and *oikonomia* —the knowledge that studies it and the origin of the word “economy”—. After discussing the application of current economic categories for the study of economy to ancient societies, we propose the recovery of both terms and the utility of domestic production and reproduction —and thus, gender relations— as categories of analysis for a comprehensive study of Greek economy.

**Key words:** gender, women, domestic unit, economy.

Etimológicamente, el término “economía”, adoptado por la mayoría de los idiomas occidentales, procede del griego antiguo *oikonomia*. Sin embargo, lo que los economistas entienden como “economía” en la actualidad y *oikonomia* difiere de forma sustancial. De este modo, se ha solido investigar la economía de la Antigüedad desde lo que hoy en día se viene considerando como económico, lo cual puede ser problemático no sólo a la hora de valorar los propios estudios económicos antiguos sino a la de entender la economía antigua. Si la Economía —como rama del conocimiento— contemporánea se ha venido centrando en la producción de bienes, olvidando la producción de la fuerza de trabajo, en el mundo antiguo producción y reproducción eran aspectos inseparables e interdependientes.

En este artículo, pretendemos hacer una crítica de la aplicación de estos conceptos modernos al mundo antiguo, proponiendo un redescubrimiento de la *oikonomia*, como base para un posterior análisis de las unidades de producción y reproducción domésticas y, por tanto, de la aportación básica del trabajo de las mujeres a la economía general. Para ello, procederemos a un análisis del término *oikonomia*, así como de los tratados de la Antigüedad que versaron sobre ella, para pasar después a discutir la conceptualización actual de economía y economía doméstica y su aplicación a Grecia y al mundo antiguo en general.

## 1. OIKONOMIA

*Oikonomia* es una palabra compuesta, procedente del sustantivo *oikos* y del verbo *nemo*. Mientras que la traducción de este segundo término no presenta mayores problemas —*nemo* significa distribuir, administrar—, el primero es un vocablo de difícil traducción al castellano. Así que nos ocuparemos, aunque sea brevemente, del significado de *oikos*.

Al comienzo de la *Política*, Aristóteles, en su búsqueda del origen de la sociabilidad humana que llevará como cumbre a la ciudad (*polis*), señala que la primera asociación humana es la unión del macho y la hembra, como ocurre entre los animales, con vistas a la procreación. Se trata, por tanto, de una comunidad necesaria y natural, base misma de la existencia, y, en el caso humano, “constituida para la vida de cada día”, cuyos miembros comen del mismo pan y se calientan del mismo fuego (1252ab), en alusión a su condición de unidad básica de subsistencia que se caracteriza por compartir el mismo alimento y vivir bajo el mismo techo. En efecto, la pareja humana se diferencia de los animales en que no sólo se une para la procreación, sino también “para los demás fines de la vida” (*Eth. Nic.*, 1161a16-29).

Esta comunidad humana básica recibe en griego el nombre de *oikos* (u *oikia*), palabra sin equivalente en castellano, y que ha sido normalmente traducida como “casa”, “hacienda” o “familia”. Términos muy limitados, que apenas llegan a definir partes del concepto griego, sin alcanzar el significado de la acepción general de la palabra.

La dificultad aumenta si consideramos que el término *oikos* era ya de por sí bastante amplio y ambiguo en griego. De este modo, podía ser utilizado para referirse a esta célula básica de la sociedad griega en su conjunto, pero también separadamente, dependiendo del contexto, en las diferentes acepciones que, como hemos indicado arriba, son traducibles al castellano. Es decir, que *oikos* también puede designar sólo al espacio físico de la casa en una ocasión; en otra, a las propiedades; y en otras, a la familia<sup>1</sup>. Éstos (casa, propiedades y familia) son, por otro lado, los componentes del *oikos*.

<sup>1</sup> Para esta cuestión, ver Karabelias, E.: “Le contenu de l’oikos en droit grec ancien”. En *Mnimi Georgiou A. Petropoulou*, I. Atenas, 1984, pp. 443-462; MacDowell, D.M.: “The *oikos* in Athenian Law”. *CQ*, 39 (1989), 10-21. Las dificultades a la hora de establecer el significado exacto de la palabra fueron planteadas ya en la Antigüedad. Por ejemplo, Arist., *Pol.*, 1253b1-11; Plut., *Mor.*, 22d; Xen.*Oec.*, 1,5-7; 6,4.

Quizá la definición antigua más clara la encontremos en el autor (o autores) que, hacia el año 300 a.C., haciéndose eco de las palabras de Hesíodo, “primero casa, mujer y buey de labranza” (*Op.*, 405), señala que los elementos constitutivos del *oikos* son el ser humano y las propiedades (Ps-Arist., *Oec.*, 1343a18-21). En efecto, podemos considerar que la casa de Hesíodo alude a la vivienda y las propiedades; la mujer, al germen de la familia; y el buey de labranza, a la agricultura como sustento básico y la mano de obra, aquí animal, otras veces esclava<sup>2</sup>. Por tanto, en su acepción general, *oikos* haría referencia al conjunto de casa, familia y propiedades, que constituye la comunidad social básica en el mundo griego<sup>3</sup>, y la que permite cubrir tanto las necesidades de alimento y vivienda como las de reproducción.

Cada una de las acepciones independientes de la palabra *oikos* presenta también sus propios problemas.

En primer lugar, *oikos* significa “casa” en el sentido más literal y material, es decir, como vivienda, el espacio físico donde habita la unidad social básica, y pudo ser el significado original de la palabra<sup>4</sup>. La casa es un elemento esencial para el establecimiento de una familia, del mismo modo que una ciudad ha de ser fundada sobre un territorio, y está relacionada con el carácter agrícola y sedentario de la civilización griega, que hace necesaria la existencia de un techo bajo el que albergar trabajos imprescindibles para la subsistencia: el almacenamiento y procesamiento de alimentos, la elaboración del vestido y, sobre todo, la crianza de hijos<sup>5</sup>. La casa, además, actúa como un templo que alberga el fuego del hogar común, símbolo de la existencia del *oikos*.

El segundo significado de *oikos* es propiedades, que abarcan tanto bienes inmuebles como muebles, tanto inanimados como animados. Aristóteles (*Ret.*, 1361a) señala como componentes de la riqueza: el dinero, la tierra, muebles, esclavos y ganados. En cuanto a la fuente de riqueza, como es habitual en las sociedades agrícolas, la constituirían sobre todo las tierras. En efecto, la agricultura es considerada el modo de vida más natural y más noble para un ciudadano, por lo que contará con el mayor prestigio entre los autores griegos. No obstante, se señalan otras fuentes de riqueza: la minería, la artesanía, el comercio, la guerra (*Ps-Arist. Oec.*, 1343a25-b2).

Estas propiedades y esta riqueza adscritas al *oikos*, adquiridas de este modo, son aportadas casi en su totalidad, al menos en teoría, en Atenas y la mayor parte de las

<sup>2</sup> Arist., *Pol.*, 1252b17, señala que “el buey hace las veces de criado para los pobres”. S.B. Pomeroy (*Families in Classical and Hellenistic Greece. Representations and Realities*. Oxford, 1997, p. 21) piensa que Aristóteles confunde la *gyne* de Hesíodo (“una mujer comprada, no desposada, para que también vaya detrás de los bueyes”) con una esposa. Pero lo que aquí importa no es lo que quiso decir Hesíodo, sino lo que entendieron Aristóteles y su discípulo. Estos componentes son los que aparecen ya en Homero (*Od.*, 14,63-6; 21,213-216).

<sup>3</sup> Al respecto, ver Foxhall, L.: “Household, Gender and Property in Classical Athens”, *CQ*, 39 (1989), 22-44; Lacey, W.R.: *The Family in Classical Greece*. Londres, 1968, pp. 15-32; Pomeroy, *Families*, pp. 17-66; Schaps, D.M.: *Economic Rights of Women in Ancient Greece*. Edimburgo, 1974, p. 7.

<sup>4</sup> Cfr. MacDowell, *Op.cit.*, pp. 10-11.

<sup>5</sup> Ver infra. Cfr. Xen., *Oec.*, 7. Sobre la casa como lugar donde producción y reproducción se identifican, ver Manuli, P.: “Donne mascoline, femmine sterili, vergini perpetue. La ginecologia greca tra Ippocrate e Sorano”, en Campese, S.; Manuli, P.; Sissa, G.: *Madre Materia. Sociologia e biologia della donna greca*. Turín, 1983, p. 184.

ciudades griegas, por el esposo. Las mujeres, que no podían heredar —Esparta y otras ciudades son una excepción—, aportaban al matrimonio su dote, una especie de fianza que entregaba el padre de la novia al celebrarse la boda<sup>6</sup>. En todo caso, la riqueza generada por la administración de la dote sí pasa a formar parte de la riqueza del *oikos* del esposo, y después la dote misma será heredada por los hijos, integrándose finalmente en el *oikos* de éstos.

Por último, *oikos* también sirve para hacer referencia específica a sus componentes humanos libres, es decir, a la primera y básica sociedad humana: la asociación de hombre y mujer y el producto de dicha asociación, los hijos<sup>7</sup>. En esencia, *oikos* hace referencia a la familia nuclear, compuesta por padre, madre e hijos, y accidentalmente por miembros de generaciones anteriores, en contraposición con la familia extendida o *genos*<sup>8</sup>.

Así pues, el *oikos*, entendido como concepto que engloba los de casa, propiedades y familia (nuclear), es un ente constituido para la producción/reproducción de descendientes, así como de los soportes materiales e inmateriales que garantizan el sustento de esta regeneración. El *oikos* es, por tanto, una entidad económica, que supone la base de la economía griega. En este sentido, es la unidad principal de producción y consumo<sup>9</sup>.

Por tanto, la *oikonomia* era el saber que trataba sobre la administración de esta célula social básica. Dada la no coincidencia entre lo que los economistas suelen entender por economía hoy en día y lo que significaba en griego antiguo, la traducción ha sido problemática, y a veces con soluciones contradictorias. Mientras que, al ser traducidos, los tratados antiguos sobre la materia suelen mantener el título *Económico* y derivados, el término *oikonomia* suele ser traducido en el texto por “administración de la casa”<sup>10</sup>.

Sobre este saber se conservan dos tratados completos, aunque se conoce la existencia de algunos más. El primero de ellos fue escrito, en la primera mitad del siglo IV a.C., por Jenofonte, que le dio el título de *Oikonomikos*. Este autor define la *oikonomia* como la ciencia o saber teórico (*episteme*) “que hace que los hombres puedan acrecentar su hacienda (*oikos*)”, entendiendo hacienda como la totalidad de las pro-

<sup>6</sup> Sobre la dote, ver fundamentalmente Foxhall, *Op.cit.*; Schaps, *Op.cit.*, pp. 74-88.

<sup>7</sup> Cfr. Karabelias, *Op.cit.*, pp. 444-446, quien opina que el significado original de *oikos* era “agrupamiento familiar”, y fue gradualmente tomando el mismo significado que *domos*, es decir, edificio, aunque sin perder el original. Al contrario, MacDowell (*Op.cit.*, p. 20) considera que el significado originario era casa y propiedades, y sólo adquirió el de familia en el siglo V en Atenas. Quizá el problema se halle en intentar encontrar un origen separado a todas las acepciones.

<sup>8</sup> Cfr. Karabelias, *Op.cit.*, p. 446.

<sup>9</sup> Cfr. Pomeroy, S.B.: *Xenophon Oeconomicus. A Social and Historical Commentary*. Oxford, 1994, p. 41.

<sup>10</sup> Por poner dos ejemplos del *Económico* de Pseudo-Aristóteles, la traducción francesa de André Wartelle (París, 1968) vierte directamente “economía”, pero considerándola “administración de la fortuna privada” (p. viii), mientras que Manuela García Valdés (Madrid, 1984) lo traduce como “administración de la casa” en los libros I y III referidos fundamentalmente a economía doméstica, y por “economía” en el libro III, que trata de algo más “económico” desde el punto de vista actual. Ambos traducen los títulos como *Económico/os*. Más paradójicamente, Pomeroy (*Xenophon*), tras defender la condición de tratado económico del texto de Jenofonte, traduce *oikonomia* como “administración de la hacienda” (“estate management”) y mantiene como título de la obra *Oeconomicus*, resitiéndose, por tanto, a relacionarlo con la Economía.

piudades. En efecto, en el tratado, en que se pone como ejemplo un *oikos* de ricos terratenientes recién establecido, se habla tanto de la administración de la casa propiamente dicha y de los bienes que incluye, como de las propiedades agrícolas y su correcta administración, así como de las actitudes y cualidades del cabeza de familia, la esposa, y los esclavos, en especial los de confianza.

Este tratado, que tiene forma de diálogo socrático, puede ser dividido en tres partes por su contenido. En la primera (1-6), a modo de introducción, se habla de la definición de *oikos* y *oikonomia*, de la vida buena y honorable y de la correcta administración de la riqueza en general.

El resto de la obra describe un *oikos* ideal, el de Iscómaco, un rico terrateniente de Atenas. La segunda parte (7-12) se centra en el correcto funcionamiento de los asuntos internos del *oikos*, lo que correspondería esencialmente a la “administración de la casa”, y en especial en las funciones y cualidades del ama de casa, encargada de dirigir “lo de dentro” del *oikos*. Esta administración se refiere sobre todo a labores productivas: almacenamiento de productos, elaboración del vestido, transformación de alimentos (particularmente, el pan) y dirección del trabajo esclavo. La aportación de la esposa, fundamental, es complementaria de la labor del señor de la casa, centrada en el mundo de fuera. La mujer administra las riquezas que el hombre aporta desde fuera. De este modo, Jenofonte presenta el matrimonio como una sociedad económica cuyo objetivo es incrementar la propiedad<sup>11</sup>. Aunque el matrimonio modelo no ha tenido aún descendencia, se advierte que la educación de los hijos será asunto de ambos cuando los tengan (7,12) y que el matrimonio se formó “para el hogar y los hijos” (7,11).

La tercera parte (13-21) habla del modo en que los hombres aportan la riqueza de fuera, esencialmente a través de la agricultura, estando dedicada esta parte a la dirección de los esclavos varones, en especial de los capataces, y a nociones, bastante básicas, de agronomía.

Este tratado, que ha sido calificado de intrascendente en tanto tal por parte de la crítica contemporánea, aunque importante documento para conocer la vida privada en la Atenas del siglo IV a.C., tuvo, sin embargo, gran influencia en la Antigüedad, y posteriormente en Europa desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII. En el mundo romano, fue difundido, sobre todo, a través de su traducción al latín por Cicerón, que influyó sobre Varrón, Columela, Plinio y Tertuliano, entre otros. En especial, la segunda parte ha sido el modelo para posteriores tratados acerca de las correctas relaciones entre los distintos miembros de la casa, y sobre todo, como modelo de la “perfecta casada” que tanto auge tendría en el Renacimiento y la Edad Moderna<sup>12</sup>.

El otro tratado conservado es un conjunto de tres libros dispares, de autoría y datación polémicas, pero que seguramente fueron escritos por miembros de la escuela aristotélica, hacia el año 300 a.C. y se ha titulado también como *Oikonomikos*<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> 7,11-14. Cfr. Pomeroy, *Xenophon*, p. 58.

<sup>12</sup> Sobre su influencia en el mundo latino y renacentista, ver Finley, M.I.: *La economía de la Antigüedad*. México, 1974, pp. 15-16; Pomeroy, *Xenophon*, pp. 68-90. Cfr. Durán, M.A.: “Matrimonio y división del trabajo”. En *Si Aristóteles levantara la cabeza*. Madrid, 2000, pp. 209-246.

<sup>13</sup> Incluido en el corpus aristotélico, su autoría se ha atribuido, o bien a un discípulo de Teofrasto (o a él mismo), o bien a uno de Aristóteles. Cfr. Pomeroy, *Xenophon*, p. 68; García Valdés, *Trad. cit.*, pp. 231-242.

Esta compilación de libros ofrece una clara idea acerca de lo que se consideraba oikonomia en aquella época. Se define a ésta como la técnica o saber práctico —*techné* frente a la ciencia teórica de Jenofonte<sup>14</sup>— que “tiene por objeto la adquisición y uso del *oikos*” (1343a5-9). De este modo, el libro I estará compuesto por una serie de breves indicaciones sobre la procreación de hijos y la función social y moral del matrimonio, la actitud del marido hacia la esposa, los esclavos y la administración de la hacienda propiamente dicha, con clara influencia de Aristóteles y Jenofonte, mientras que el libro III se centrará en los valores morales que han de presentar marido y mujer para el conveniente funcionamiento del *oikos* y la correcta educación de los hijos. Sin aparente conexión, el libro II es una relación de ejemplos de recaudación de riqueza por diferentes tiranos. Su inclusión en un libro con el título *Oikonomikos* señala hasta qué punto la administración de un Estado se equiparaba a la administración de un *oikos*. De hecho, el capítulo 1 de este libro, ofrece un raro ejemplo de teoría económica —desde el punto de vista dominante hoy en día—, en la que se distinguen cuatro tipos de economía: real, satrápica, de la ciudad y privada. Aunque cada una de ellas tiene sus peculiaridades, se señala que tienen “en común entre sí muchas de sus características”<sup>15</sup>.

La economía, como ciencia del *oikos*, sería anterior a la política, o ciencia de la ciudad (*polis*), ya que el primero es anterior a ésta, por ser la ciudad un conjunto de casas, o, a la inversa, una casa es una parte de una ciudad. Precisamente el libro I de la *Política* de Aristóteles está dedicado a la administración del *oikos* como paso previo para conocer los conjuntos humanos superiores. Para él, la *oikonomia* trata del gobierno “de los hijos, de la mujer y de toda la casa” (1278b45), mientras que la política trata del gobierno de la ciudad. Considera la familia y la economía (del *oikos*) las bases de la vida política (1252a-1253a). Centrado en los aspectos morales, Aristóteles menosprecia los componentes materiales, ya que opina que “el cuidado de la administración de la casa debe atender más a los hombres que a la posesión de cosas inanimadas, y a las virtudes de aquéllos más que a la posesión de la llamada riqueza” (1259b23-26). De este modo, llama crematística a la actividad que busca el beneficio material mediante el intercambio de productos o dinero —o sea, la Economía mayoritariamente admitida hoy en día—, a la que considera ocupación parasitaria y poco recomendable (1256a-1259a)<sup>16</sup>.

Se conocen, además, otros tratados anteriores<sup>17</sup> y, sobre todo, posteriores. Se conserva uno completo, muy posterior, titulado también *Oikonomikos*, escrito por el filósofo neopitagórico Brisón<sup>18</sup>. Es una obra poco conocida, transmitida a través de una traducción al árabe y al hebreo. Este tratado comienza estableciendo los cuatro componentes, además del cabeza de familia, de un *oikos*: dinero, esclavos, ama de casa e hijos. La primera parte, que trata del dinero (2-54), habla de los distintos

<sup>14</sup> *Mathema* en Platón (*Prot.*, 318e).

<sup>15</sup> 1345b13-19. Cfr. también Xen., *Mem.*, 3,4.

<sup>16</sup> Un comentario más extenso en Moreno Sardà, A.: *La otra «Política» de Aristóteles*. Barcelona, 1988, pp. 35-81.

<sup>17</sup> El sofista Protágoras ya se había preocupado de estos temas (Pl., *Prot.*, 318e); y el socrático Antístenes había escrito un *Económico* (D.L., 6,16). Cfr. Pomeroy, *Xenophon*, pp. 7-8.

<sup>18</sup> Ver resumen de Thesleff, H.: *The Pythagorean Texts of the Hellenistic Period*. Abo, 1965, pp. 56-58.

modos de subsistencia y del cuidado correcto del dinero, mediante el equilibrio entre ingresos, guardia del dinero y gastos, todo ello en términos éticos. No se habla de beneficio, sino de honestidad, prudencia y orden. A continuación (55-73), considera el tratamiento de los esclavos y de sus funciones y rangos. Sobre el ama de casa (74-94), en la que el cabeza de familia delega los trabajos del interior de la casa, se incide en las cualidades físicas y morales que ha de tener. Finalmente (95-160), se presta singular importancia a la educación de los hijos.

Evidentemente, la valoración moral de la economía en la Antigüedad difería notablemente de la dominante hoy en día. De todos los autores, los más influyentes fueron Jenofonte y Aristóteles y su escuela, que dejaron su impronta en los tratados latinos, algo menos en la Edad Media, y con fuerza en el Renacimiento, cuando se rescataron sobre todo sus valores morales y la relación entre esposos. Esta mayor atención de los autores modernos a lo ético sin duda incidió en la visión posterior de que la Economía —en tanto área de conocimiento— antigua no era Economía. En todo caso, predominaban en la *Oikonomia* los valores éticos sobre los materiales.

Por tanto, la *oikonomia* se presenta en principio como un concepto intraducible al castellano y bastante diferente de lo que se considera ahora economía, ya que no se limita al ámbito de la economía doméstica, que está incluida, sino que se refiere a algo mucho más amplio. Abarca no sólo la adquisición de bienes y las fuentes de riqueza del *oikos*, por lo que se relaciona con la economía en sentido actual, sino también los valores morales de todos sus componentes humanos, necesarios para su correcto funcionamiento. Por tanto, se refería tanto a lo que estaba dentro de la casa como a lo que estaba fuera. Es decir, la *oikonomia* trataba del *oikos* y, por tanto, de los elementos —humanos y materiales— que lo componían: casa, familia y propiedades. En este sentido, el *oikos* aparece como célula económica básica y lugar donde se produce la reproducción humana. Es, por tanto, una unidad de producción y reproducción en sí misma.

## 2. ECONOMÍA

La mayoría de los historiadores de la economía han coincidido en señalar que no hubo auténtico pensamiento económico en la Antigüedad, es decir, Economía como ciencia en el sentido más extendido hoy en día. En efecto, como señala Finley, “en Jenofonte no hay frase que exprese un principio económico o que ofrezca un análisis económico, nada sobre eficiencia de la producción, sobre elección racional, sobre la venta de las cosechas”, opinión que se puede hacer extensible a la que suscitan otros autores antiguos, como Aristóteles<sup>19</sup>. En cambio, se ha querido hallar indicios de un germen de pensamiento económico en los escasos fragmentos antiguos referidos a la adquisición de riqueza, como los estudios sobre crematística de Aristóteles

<sup>19</sup> Finley, *Economía*, p. 18; “Aristotle and economic analysis”. *Past & Present*, 47 (1970), 3-25. No obstante, Pomeroy, *Xenophon*, pp. 42-43, señala cómo Jenofonte sí analiza categorías económicas en sus diferentes obras, y así fue reconocido por el propio Marx. Por otro lado, Finley se centra en el significado de *oikos* como familia y en especial en el término latino *familia*, haciendo equivalentes *oikos* (componentes humanos y materiales) y *familia* (componentes humanos).

o el libro II de los *Económicos* de Pseudo-Aristóteles<sup>20</sup>. Seguramente, los autores antiguos no pensaron demasiado en ello por la sencilla razón de que no lo necesitaban. En la Antigüedad el centro económico reconocido como tal era el oikos, por más que la economía real sobrepasase su marco, por lo que las categorías de análisis económico utilizadas hoy en día no son del todo aplicables y difícilmente podían ser utilizadas, y ni siquiera pensadas, por los autores antiguos. Pero es que, además, en la administración del *oikos* les interesaban menos los aspectos materiales, que consideraban secundarios. Y, aunque hubiesen centrado su interés en los aspectos más “monetarios” del *oikos*, tal vez tampoco habrían sido considerados economía por la mayoría de los autores actuales.

En efecto, lo que hoy en día el pensamiento económico suele entender por economía es muy diferente de lo que hablaban Jenofonte o Aristóteles. Partimos de que los mismos economistas contemporáneos no se ponen de acuerdo a la hora de definir lo que es Economía. Sucintamente, el objeto de Economía actual es el estudio de la circulación de bienes y productos a través del mercado. Igualmente, el término trabajo ha sido aplicado al trabajo para el mercado. Las categorías de análisis empleadas en Economía —mano de obra, capital, inversión, oferta, demanda, inversión, etc.—, la mayoría definidas por los economistas del siglo XIX, están adaptadas al estudio del capitalismo, es decir, un sistema económico que pone al mercado como su centro. Las influyentes categorías marxistas de análisis están permeadas por significados derivados del proceso histórico capitalista<sup>21</sup>. No es posible, por tanto, hallar estos términos, al menos en su significado económico actual, ni tampoco los fenómenos que implican, en los autores antiguos. Como ha señalado Pomeroy, “la valoración negativa de Finley sobre Jenofonte derivaba en parte, de una visión anacrónica de la teoría económica que excluía, por definición, mucho de lo que los mismos griegos consideraban como la economía”<sup>22</sup>.

Por tanto, al trasladar los historiadores actuales estas categorías capitalistas a un mundo precapitalista, han llegado a la conclusión de que no existió pensamiento económico en la Antigüedad<sup>23</sup>. Un problema que se extenderá al análisis global de la economía antigua. Finley, tras afirmar que los antiguos “carecían del concepto de una ‘economía’ y, *a fortiori*, que carecían de los elementos conceptuales que, unidos, constituyen lo que llamamos ‘la economía’”<sup>24</sup>, afirma la necesidad de “buscar nuevos conceptos y distintos modelos, apropiados para la economía de la antigüedad, no a la nuestra”<sup>25</sup>. No obstante, su análisis económico —que no disocia de la

<sup>20</sup> Por Ejemplo, Barbieri, G.: “Le dottrine economiche nell’antichità classica. En Padovani, U.A. (dir.): *Grande antologia filosofica, II: Il pensiero classico*. Milán, 1966, pp. 815-926; Schumpeter, J.: *Historia del análisis económico*. Barcelona, 1982, pp. 93-102; Tozzi, G.: *Economisti greci e romani*. Milán, 1961.

<sup>21</sup> Narotzky, S.: *Mujer, mujeres, género. Una aproximación crítica al estudio de las mujeres en Ciencias Sociales*. Madrid, 1995, p. 31; Nicholson, L.J.: “Feminismo y Marx: integración de parentesco y economía”. En Benhabib, S.; Cornell, D. (eds.): *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia, 1990, pp. 29-48.

<sup>22</sup> Pomeroy, *Xenophon*, p. 43.

<sup>23</sup> Austin, M.; Vidal-naquet, p.: *Economía y sociedad en la antigua Grecia*. Barcelona, 1986, pp. 23-26; Descat, R.: “Aux origines de l’*oikonomia* grecque”. *QUCC*, N.S. 28 (1988), 103-119; Finley, “Aristotle”; Tozzi, *Op.cit.*, p. 10.

<sup>24</sup> Finley, *Economía*, p. 21.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 29.



sociedad y la cultura— de la Antigüedad se centrará en lo que hoy en día se entiende por económico y no en lo que los antiguos consideraban como tal.

De este modo, aunque se pueda señalar la inadecuación de los conceptos de la economía moderna al mundo antiguo, lo que se analiza en la economía de la Antigüedad sigue siendo lo que se considera económico en la actualidad, a pesar de que se tengan en cuenta los elementos éticos, políticos y sociales que lo rodean. La adquisición de riqueza y el mercado siguen siendo los centros de atención.

La economía entendida fundamentalmente como estudio del mercado ha dejado fuera a otros factores económicos esenciales en toda sociedad. Particularmente, a todo el trabajo que no tiene un precio cuantificable en el mercado, como el trabajo doméstico, entre el que tiene singular importancia la reproducción humana, es decir, la producción de hijos. No obstante, cabe señalar que se ha producido una evolución en el análisis económico contemporáneo desde sus primeras conceptualizaciones, que contemplaban los aspectos económicos de la familia y la moral, y, a medida que se afianzaba el capitalismo, se fue tendiendo a considerar como actividad no productiva lo que no estaba destinado al mercado. Así, hasta mediados del siglo XIX, se seguía considerando productiva la generación de hijos<sup>26</sup>.

En los últimos años se está llevando a cabo, desde los estudios de las mujeres y del género, una fuerte crítica a la Economía. Esta nueva perspectiva propugna un análisis económico de la producción y la reproducción, en el ámbito privado, para lo que ha empleado el término de “economía doméstica”. Para ello, se contemplan los aspectos mercantiles y no mercantiles de la economía. La economía mercantil correspondería al plano de lo público (fuera), tradicionalmente masculino, y considerado normalmente economía. La economía no mercantil se ha vinculado a lo privado (dentro), esencialmente femenino, y considerada en general no válida económicamente. Incluso algunos estudios de las mujeres han definido el trabajo como “producción de productos”<sup>27</sup>. Por supuesto, la economía de fuera tiene aportaciones no mercantiles, y el trabajo doméstico a veces produce para el mercado, pero la excepción no desvirtúa esta separación.

De este modo, los estudios del género han revalorizado el trabajo doméstico, demostrando su cuantificación posible y su aportación fundamental a la economía general. Así, la producción doméstica ha sido analizada para contabilizar el PNB real, que estaba subestimado, y para destacar el papel social y económico de las amas de casa<sup>28</sup>. No obstante, a menudo ha sido pobremente definido como “trabajo para satisfacer las necesidades personales o las de otros miembros de sus hogares”, por lo que se ha seguido no considerando tal la reproducción en sí misma<sup>29</sup>. La reproducción

<sup>26</sup> Cfr. Izquierdo, M.J.: *El malestar en la desigualdad*. Madrid, 1998, pp. 263-271. Sobre este proceso, ver Gardiner, J.: “Los padres fundadores”. En Carrasco, C. (ed.): *Mujeres y economía*. Barcelona, 1999, páginas 59-90.

<sup>27</sup> Por ejemplo, en Sullerot, E.: *Historia y sociología del trabajo femenino*. Barcelona, 1988. Esta autora (p. 27) sólo considera trabajo el que produce bienes materiales, y, como tal, en la Antigüedad tan sólo sería tal, en el ámbito doméstico, la producción textil y la transformación de alimentos.

<sup>28</sup> Carrasco, C.: *El trabajo doméstico y la reproducción social*. Madrid, 1991, p. 40.

<sup>29</sup> Enguita, M.F.: “La degradación del trabajo doméstico”. En *Economía del trabajo femenino. Sector mercantil y no mercantil*. Madrid, 1989, pp. 111-115.

está siendo, no obstante, reincorporada como factor económico clave: la producción de fuerza de trabajo que se venderá en el mercado. Los estudios económicos han separado la producción de bienes de la producción de la fuerza de trabajo, como si éste no fuese un factor económico básico. La reproducción, sin embargo, ha de ser considerada trabajo ya que supone un gasto de energía, produce algo que no existía y que puede ser comercializado<sup>30</sup>. Al mismo tiempo, la producción de personas está ligada a las relaciones de parentesco y al sistema matrimonial<sup>31</sup>. La circulación de personas y de objetos de valor forma parte del entramado social que produce y reproduce los recursos materiales e ideológicos necesarios para la vida<sup>32</sup>. En este sentido, en los últimos años se ha acuñado el concepto de “reproducción social”, entendido como “un proceso dinámico que implica la reproducción biológica y de la fuerza de trabajo, la reproducción de los bienes de consumo y de producción y la reproducción de las relaciones de producción”<sup>33</sup>. Por tanto, la reproducción es la base de la sociedad y, por tanto, debería estar en la base de cualquier teoría económica<sup>34</sup>.

Sin embargo, el concepto actual de economía doméstica tampoco es aplicable a la Antigüedad. Aparte de que estas nuevas teorías económicas actuales siguen girando, en el fondo, en torno al mercado, la casa actual no es el *oikos* antiguo, que era una unidad de producción/reproducción, en la que se practicaban actividades económicas mercantiles y no mercantiles. En efecto, mientras que en la sociedad actual, la producción de bienes y la reproducción humana se llevan a cabo en ámbitos separados, en las sociedades precapitalistas ambas se realizaban en el mismo espacio.

### 3. OIKONOMIA Y ECONOMÍA

La confusión entre lo que se entiende por *oikonomia* y Economía (en su sentido capitalista) no es un problema de ahora. Aristóteles ya señaló que, en su época, se discutía si la *oikonomia* y la crematística —el arte de adquirir bienes, más apropiado para las conceptualizaciones actuales— eran lo mismo o dos cosas diferentes, afirmando el filósofo que la segunda era parte de la primera, pues “la riqueza es la suma de instrumentos al servicio de una casa y de una ciudad” (*Pol.*, 1256). Encontramos, por tanto, en Aristóteles, una definición de Economía/*oikonomia* más amplia de lo que abarcan los conceptos actuales.

La visión parcial de la economía antigua ha sido criticada desde la perspectiva del género, que ha recuperado para la actualidad la importancia de los tratados de

<sup>30</sup> Naroztky, *Op.cit.*, pp. 31, 69-70. Una revisión de los estudios económicos en Dey, S.: *La división sexual del trabajo. Revoluciones conceptuales de las ciencias sociales*. Madrid, 1985.

<sup>31</sup> Naroztky, *Op.cit.*, pp. 93-95. M. Godelier (*Horizon, trajectes marxistes en anthropologie*, vol. 1. París, 1977, p. 161), economista marxista, ya había revisado las categorías de infraestructura y superestructura para el estudio de las sociedades precapitalistas, flexibilizando los ámbitos “economía” y “parentesco”; mientras que J. Goody (*Production and reproduction. A comparative study of the domestic domain*. Cambridge, 1976, p. 23) señaló el lazo entre estratificación y economía, vinculada al sistema de herencia.

<sup>32</sup> Naroztky, *Op.cit.*, p. 124.

<sup>33</sup> Carrasco, C.: “Introducción: hacia una economía feminista”. En Carrasco, C. (ed.), *Op.cit.*, p. 35.

<sup>34</sup> Carrasco, C.: “La valoración del trabajo doméstico: un enfoque reproductivo”. En *Economía del trabajo femenino. Sector mercantil y no mercantil*. Madrid, 1989, pp. 103-108.

la época. Sin embargo, sigue siendo problemático manejar los conceptos actuales de economía y economía doméstica en la Antigüedad, incluso desde los estudios del género. Por ejemplo, el análisis de Pomeroy sobre el *Económico* de Jenofonte, al que se aplica el concepto de economía doméstica, sigue estando centrado en los aspectos productivos. De este modo, la historiadora americana considera la familia como una relación social para la producción, definiendo trabajo como actividad productiva para consumo doméstico o para el intercambio<sup>35</sup>, y obviando los aspectos reproductivos. Ciertamente, Jenofonte centra su trabajo en la producción, pero, como hemos dicho, deja claro que el matrimonio es una asociación tanto para la administración de los bienes como para la procreación. Por otro lado, como también señalamos arriba, la producción de hijos es una actividad económica: reproduce el *oikos* y los hijos son bienes intercambiables con otros *oikoi* para su reproducción. De este modo, la familia sería una relación social para la producción, pero también para la reproducción (7,30), y ambos aspectos son interdependientes e igualmente económicos.

Por otro lado, es también inadecuado aplicar los parámetros de la economía doméstica al *oikos*. Un primer problema surge de la idea mantenida por buena parte de los historiadores de que el *oikos* era una célula económica cerrada en sí misma. Aunque el ideal aristocrático consideraba como ideal el autoabastecimiento, lo cierto es que también se movía en el mercado. Esto se ha considerado una contradicción, pero no lo es tal si observamos que los mismos autores antiguos tenían en cuenta la división de espacios internos y externos en el *oikos*, y que la fuente de riqueza de éste no era tan sólo agraria, sino también industrial, artesana, minera, etc. Incluso la *polis* griega funcionaba como un gran *oikos* común, en el que la subsistencia era un ideal imposible. De ahí que la palabra *oikonomia* fuese empleada a veces para el gobierno de la ciudad<sup>36</sup>, entendiendo éste no sólo en términos económicos, sino también políticos, sociales y éticos, todos ellos factores inseparables en la ciudad griega.

Ni siquiera los conceptos acuñados por el estudio de la economía doméstica son útiles, sobre todo si tenemos en cuenta que el mundo griego antiguo, además de no separar entre lo económico y lo demás, tampoco hacía una clara división, al menos si nos atenemos a las valoraciones contemporáneas, entre lo público y lo privado. En primer lugar, no existen en griego términos que equivalgan a los actuales. A menudo, se expresan las categorías “dentro” (*endon*) y “fuera” (*exo*). “Dentro” se refiere a “dentro de la casa”; fuera sería “fuera de la casa”. En principio, lo que entendemos por privado, lo de dentro, es el *oikos*; lo público, lo de fuera, es la ciudad (*polis*). Sin embargo, aunque la separación y la definición de ambos ámbitos están claras, la división entre ellos no es tan rotunda como hoy en día.

La *polis* y el *oikos* no aparecen independientes una del otro, sino que están íntimamente relacionados, por más que sus ámbitos estén claramente definidos y ofrez-

<sup>35</sup> Pomeroy, *Xenophon*, pp. 58-59.

<sup>36</sup> Ver Ps-Arist., supra. Cfr. Dinarco 1.97; Polibio 4, 26,6. Finley, *Economía*, p. 19-20 considera la aplicación de esta palabra como una metáfora, lo que a veces ocurrió, como una extensión de su significado de administración a todo lo susceptible de ser administrado.

can evidentes contrastes<sup>37</sup>. No en vano, la ciudad, la polis, según la definición de Aristóteles, es un conjunto de *oikoi*, unidos para el bienestar de las personas (*Pol.*, 1252b17-41, 1253b1-3). Así que la primera incluye al segundo en su seno. Como muestra de ello, la palabra que designa colonia (*apoikia*) y sus derivados —el acto de fundar una colonia recibe el nombre de *oikisis*—, provienen a su vez de la palabra *oikos*, pues se trata de desplazar el germen de un conjunto de casas para formar una nueva ciudad. Por otro lado, la sociedad se centra ante todo en el *oikos*. De este modo, pese a las reticencias a entrar en el mundo de lo privado, éste no funciona de forma independiente de la *polis*, que acaba legislando aspectos de lo privado, por ejemplo, la herencia. La ciudad está interesada en la integridad del *oikos*, pues la misma integridad de la ciudad, que se regenera física e intelectualmente en su seno, depende de él.

La asignación de lo de dentro a las mujeres es general a toda Grecia, como lo es a prácticamente todas las civilizaciones antiguas y modernas, incluido el mundo occidental hasta nuestros días. Pero en Grecia antigua define una separación radical de espacios sexuados. Así, la ciudad —entendida como comunidad política— era un “club de hombres”<sup>38</sup>, en el que toda facultad de decisión política/pública se hallaba en manos exclusivas de los varones ciudadanos mayores de edad, estando excluida de ella la mayor parte de la población —mujeres, niños, esclavos, libertos, griegos de otras ciudades y extranjeros—. Por otro lado, el *oikos*, el mundo de dentro, en tanto espacio físico de la casa, era un ámbito eminentemente femenino, aunque con la particularidad de estar dominado por un varón. Pero en la definición de *oikos* cabe tanto lo de dentro como lo de fuera, y a cada espacio se asigna un género.

Esta división de espacios aparece ya en los poemas homéricos, y no dejará de ser corroborada en la literatura posterior, a menudo simbolizada, en el caso de las labores femeninas, por el telar; y, en las masculinas, por la guerra, que, no lo olvidemos, era una actividad económica importante, y por el ágora o el campo en tiempo de paz<sup>39</sup>. La misma costumbre ateniense marca los diferentes roles de género desde el nacimiento, colocándose en la puerta de la casa una rama de olivo —símbolo de la actividad política y la agricultura—, si el recién nacido es varón; un ovillo de lana —símbolo del trabajo textil, doméstico—, si es niña (*Hesiquio, stephanon kpherein*).

No obstante, no será hasta el siglo IV a.C. que esta división de roles sexuales sea teorizada y razonada, en particular en el *Económico* de Jenofonte, que hace explícito que está hablando del seno del *oikos*, en el que se interrelacionan y se complementan lo de dentro y lo de fuera.

El punto de partida en la argumentación de Jenofonte es, como en Aristóteles, la sociedad básica, común a los animales, de hembra y macho, para la propagación de la especie; con la diferencia de que, en el ser humano, se produce también para el bienestar de ambos, no sólo para garantizar el sustento en la vejez —una de las funciones básicas de la familia griega—, sino también para la existencia día a día (7,19).

<sup>37</sup> Cfr. Humphreys, S.: “Oikos and polis”. En *The family, women and death. Comparative studies*. Londres, 1983, pp. 1-21.

<sup>38</sup> Vidal-Naquet, P.: “Esclavitud y ginecocracia en la tradición, el mito y la utopía”. En *Formas de pesamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*. Barcelona, 1983, p. 243.

<sup>39</sup> *Hom., Il.*, 6,321-324; 6,490-493; 8,520-522; 18,490-497; *Od.*, 1,356-359; 6,51-54; 17,46-52; 21,350-353; *Ar., Lys.*, 520, 536-538; *Thesm.*, 821-829; *Pl., Alc.*, 126a-127b.

La clave en Jenofonte es la división fundamental de espacios entre “dentro” y “fuera”, es decir, la existencia de un techo —o, lo que es lo mismo, de una casa = *oikos*—, como elemento diferenciador fundamental entre el ser humano y los animales. La necesidad humana de techo viene marcada por la de guardar los productos que se consiguen fuera, y la forma de lograr estos productos es mediante el trabajo agrícola y ganadero. Es decir, se vincula el techo (u *oikos*) a la agricultura, que, no en vano, será para el pensamiento griego antiguo el pilar básico de la civilización, la diferencia fundamental con los animales. El dominio sobre la naturaleza se convierte en elemento que define al ser humano como civilizado y distinto a los animales<sup>40</sup>. En todo caso, la agricultura es la forma de vida básica en casi toda Grecia, donde ciudadano equivale a agricultor/propietario y soldado, de tal forma que la propiedad de la tierra de una ciudad es derecho exclusivo de los ciudadanos de ésta.

De ahí que la división de espacios y trabajos se articule en función de la agricultura. Los frutos de los trabajos al aire libre, en una sociedad sedentaria que produce para la subsistencia durante una temporada, necesitan ser almacenados y, a menudo, ser transformados para su mejor conservación o un consumo más óptimo. Tareas todas ellas —almacenamiento, conservación y transformación de alimentos, especialmente elaboración de pan— que necesitan de un techo, al igual que la necesaria fabricación del vestido o la misma crianza de niños pequeños (7,20-28; Ps-Arist., *Oec.*, 1,3). Un discurso de Demóstenes nos presenta a los hombres trabajando en el campo, las mujeres tejiendo en la torre y la señora y la nodriza con los niños en el patio (47,53-56). No obstante, pese a este predominio agrícola, la división de espacios alcanzaba a todos los medios de subsistencia —comercio, minería, pesca, guerra, etc.—, siendo la adquisición de riqueza tarea masculina y las ocupaciones de dentro femeninas. Así, las mujeres “dirigen la casa y guardan dentro del hogar bienes procedentes del mar. No hay casa limpia y próspera sin una mujer” (Eur., *Melanipa Cautiva*, frag. 13).

Las diferentes características físicas y mentales de hombre y mujer marcan, para la mentalidad griega, la asignación de trabajo y espacio a cada sexo. En el mundo griego, se consideraba que cada persona había nacido con las cualidades propias que la hacían apta para un determinado oficio<sup>41</sup>. Estas diferentes características, al hablar de hombres y mujeres, son fundamentales a la hora de marcar las diferencias de género, de modo que las del hombre —mayor fortaleza física y audacia— lo hacen más apto para los trabajos del campo, los viajes y la guerra, es decir, para las tareas de fuera, mientras que las de la mujer —menor fortaleza, capacidad de cariño hacia los niños y cobardía— la abocan a tareas bajo techado, la crianza de hijos —la de recién nacidos viene dada por la misma biología— y la vigilancia de víveres, es decir, las tareas de dentro (7,20-28; Ps-Arist., *Oec.*, 1,3).

<sup>40</sup> Cfr. Mirón Pérez, M.D.: “Las mujeres, la tierra y los animales: naturaleza femenina y cultura política en Grecia antigua”. *Flor. Il.*, 11 (2000), 151-169.

<sup>41</sup> Vernant, J.P.: “Trabajo y naturaleza en la Grecia antigua”. En *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona, 1973, pp. 268-269. También Cozzo, A.: “Storia di avverbi e rappresentazioni della divisione del lavoro nella Grecia arcaica e classica”. *QUCC*, 37 (1991), 48-70, quien obvia la primaria división sexual del trabajo.

Las distintas tareas de hombres y mujeres son complementarias, y no son posibles las unas sin las otras, ya que cada sexo suple lo que al otro le falta. De este modo, el hombre obtiene las provisiones o riquezas de fuera, especialmente mediante el trabajo agrícola; la mujer guarda y administra dentro lo que el esposo aporta desde fuera, y cuida todo lo que está dentro, tanto cosas almacenadas como niños pequeños. Fallará el *oikos* si una de las dos partes falla, y su éxito se basará en el respectivo éxito en el ejercicio de sus tareas propias de cada sexo, y la complementariedad perfecta entre ambos. Ni a descuidar la mujer lo de dentro, ni dejar de aportar el hombre lo de fuera<sup>42</sup>. El hombre adquiere, la mujer guarda (Arist., *Pol.*, 1277b31-33; Ps-Arist., *Oec.*, 1343a24-1344a7). En todas las demás esferas de la vida, a la mujer le corresponde lo de dentro; al hombre, lo de fuera (cfr. Hierocles [Estobeo, 4, 28,21]; Ps-Arist., *Oec.*, 3,1). Hay, por tanto, una división sexual del trabajo, que se traduce en diferentes espacios productivos y reproductivos.

Teniendo en cuenta que la polis se compone de distintos *oikoi*, es de suponer que el buen funcionamiento de éstos conducirá al buen funcionamiento de la primera, mientras que la desorganización del *oikos* conlleva necesariamente la crisis de la ciudad (Arist., *Pol.*, 1260b14-23; Pl., *Leg.*, 780d-781d). La asignación de la mujer a lo de dentro hace del *oikos* su lugar natural, mientras que el del hombre es lo de fuera, la *polis*. A la mujer le corresponde, por tanto, administrar la casa; al hombre, dirigir la ciudad (Teofrasto [Estobeo, 85,7]). Si este esquema ideal funciona bien, no sólo se reproduce el *oikos* sino también la ciudad. Y, además, los beneficios de la explotación del *oikos* revierten en la ciudad, permitiendo emplearlos en los gastos ciudadanos, como celebración de sacrificios, banquetes y espectáculos públicos, liturgias diversas, etc., y asimismo en dotes que posibiliten el intercambio matrimonial con otros *oikoi* y, por tanto, la reproducción de éstos y de la ciudad. De este modo, la prosperidad privada revierte en el bienestar público<sup>43</sup>.

Por supuesto, esta teoría no siempre se cumplía en la práctica. Precisamente, en la derrotada —en la guerra del Peloponeso— Atenas de principios del siglo IV a.C. en la que escribe Jenofonte —quizá precisamente por eso— se ha producido una “invasión” del espacio público por las numerosas mujeres enviudadas o con maridos ausentes, cuya precariedad económica las ha llevado a realizar tareas propias de hombres, o de esclavas o metecas, para su subsistencia y la de sus hijos<sup>44</sup>. Al mismo tiempo, la diversificación de las necesidades diarias trajo consigo siglos ha la aparición del artesanado, en manos tanto de metecos —sin derecho a la propiedad agrícola— como de numerosos ciudadanos. Siendo la agricultura el modo de vida fundamental de la clase aristocrática ateniense y definitoria de la civilización, no es de extrañar que en prácticamente todos los escritos griegos —sus autores suelen pertenecer a esta clase social o estar ideológicamente ligados a ella— los oficios manua-

<sup>42</sup> Cfr. Xen., *Oec.*, 3,15; 7,13; 7,39-40. En un contrato matrimonial del Egipto romano (papiro *P. Ryl.* II 154) se llegará a estipular el compromiso del marido a dedicarse a todas las labores agrícolas y pagar impuestos, trayendo la cosecha al hogar común, suponemos que para que la guarde y administre la esposa.

<sup>43</sup> Xen., *Oec.*, 2,5-6; 7,3; 11, 9-10. Cfr. Pomeroy, *Xenophon*, p. 52.

<sup>44</sup> Mirón Pérez, M.D.: “Las mujeres de Atenas y la Guerra del Peloponeso”. En Nash, M. y Tavera, S. (eds.): *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la edad antigua a la contemporánea*. Barcelona, 2003, pp. 33-44.

les sean menospreciados, al igual que lo son las mujeres del mercado (Xen., *Oec.*, 4,2-3; Ps-Arist., *Oec.*, 1343b2-6).

No es, pues, de extrañar que las propuestas utópicas de Platón vertidas en *La República*, a favor de la comunidad de bienes, mujeres y niños, y la igualdad de aptitudes mujeres y hombres para el ejercicio de los distintos trabajos (451c-452a, 454ce) —de hecho, la destrucción del *oikos*, fundamento de la *polis*) fuesen fuertemente ridiculizadas por Aristófanes, en la Asamblea de las Mujeres, y contestadas por Aristóteles, que considera incompatibles con la misma existencia de la agricultura, simbolizada en la casa o techo, es decir, con la civilización o, lo que es peor, con la base misma de la diferencia entre los humanos y el resto de animales, que “no tienen que administrar la casa” (*Pol.*, 1264b1-7).

Por supuesto, en Jenofonte y Aristóteles hallamos una ideología aristocrática, que, singularmente en el primero, presenta como modelo ideal la autosuficiencia. Pero el mercado no está ausente. El comercio alcanzó una gran importancia en la Antigüedad, y era considerado en sí mismo una fuente de riqueza válida, aunque no la ideal. Por ejemplo, muchas casas atenienses, como la de Pericles, funcionaban mediante una economía de compra-venta, en la que se vendía en el mercado todo el producto y se adquiría en éste lo necesario para el consumo interno (Plut., *Per.*, 16; Ps-Arist., *Oec.*, 1344b27-34), por lo que el interior del *oikos* dejaba de ser un centro básico de producción.

De este modo, tanto lo de dentro como lo de fuera formaban parte de la economía del *oikos*, por más que se diversificara lo de fuera y disminuyera la producción de dentro, con una importancia cada vez mayor del mercado. No obstante, el “regreso” continuo al ideal del *oikos* y una cierta resistencia a la evolución del concepto de *oikonomia* hacia las prácticas del mercado, señala que en el centro del pensamiento económico antiguo se hallaba el *oikos*, y así ha sido hasta el siglo XVIII, coincidiendo con la transformación socioeconómica derivada de la Revolución Industrial.

A la hora de trasladar los conceptos económicos actuales a la Antigüedad encontramos, por un lado, una desvalorización de la *oikonomia* y, por otro, de las funciones productivas y reproductivas del interior del *oikos*.

Básicamente, la economía que se ha estudiado, a partir del pensamiento económico actual, es la economía de fuera, es decir, el trabajo remunerado y la producción para el mercado, por tanto, el mundo masculino. Los mismos estudios sobre las mujeres se han centrado en la incorporación de éstas al mundo exterior. En cambio, lo de dentro, es decir, el trabajo y la producción no destinados al mercado, así como la reproducción de la fuerza de trabajo, realizados fundamentalmente por las mujeres, han sido desvalorizados o no considerados económicos. Y, sin embargo, las mujeres en la Antigüedad no sólo reprodujeron y mantuvieron la fuerza de trabajo, sino que, además, en su espacio de dentro, fueron productoras de bienes, en una cantidad mucho más importante que en el mundo actual. De este modo, eran tareas eminentemente femeninas —de libres o esclavas— actividades económicas tan esenciales como el almacenamiento y transformación de alimentos, la elaboración del pan —el alimento básico de la dieta mediterránea antigua—, el abastecimiento de agua, el cuidado de animales dentro de la casa —aves de corral, cerdos, etc.—, y, sobre

todo, el trabajo textil, que destaca por su alto valor económico —incluso para los parámetros de la Economía actual—, y que se asoció en la Antigüedad a las mujeres de tal modo que llegó a simbolizar la misma feminidad<sup>45</sup>.

La producción textil se consideró un bien económico, a menudo de alto valor, e incluso utilizado como objeto de intercambio a modo de dinero<sup>46</sup>. Por ejemplo, la ley de la ciudad de Gortina, en Creta, establece que, en caso de divorcio, la mujer recupera su dote y en general todos los bienes que había aportado al matrimonio, además de la mitad de las rentas de éstos, y la mitad de las telas que haya tejido. Igual ocurre con las viudas. E igual legado reciben los herederos de una difunta (*Ley de Gortina*, 3 [Doreste]). Ello nos ofrece un indicio evidente del valor económico de este trabajo femenino concreto, hasta el punto de que hubiese de ser estipulado por ley. La habilidad en el trabajo textil, por otro lado, aumentaba el valor particular de una mujer, libre o esclava. Las más valiosas esclavas homéricas, entregadas como trofeo a los hombres más destacados, eran bellas y hábiles en el trabajo de la lana<sup>47</sup>. En época clásica, el aprendizaje de esta labor dobla el valor de una esclava (Xen., *Oec.*, 7,41). Entre las posesiones del ateniense Timarco destacaba una esclava especializada en hilado de lino fino, que producía importantes beneficios en el mercado (Aesch., 1,97).

De este modo, en la Antigüedad, las actividades de dentro y de fuera pueden ser mercantiles y no mercantiles, existiendo una débil frontera entre ambas. Como hemos indicado, la separación ideal de la casa de Iscómaco tan sólo era aplicable a unas cuantas familias de terratenientes. Para una gran mayoría de la población, la participación de las mujeres en el mercado era fundamental para la subsistencia (Arist., *Pol.*, 1300a8, 1323a5-5). En las comedias de Aristófanes bullen por el mercado las vendedoras de frutas y verduras, alimentos elaborados, cintas, textiles, panaderas, etc., es decir, los productos que ocupaban su actividad económica dentro de la casa. En el mercado, se tiende a mantener la división sexual del trabajo. Destaquemos de nuevo la producción textil. La manufactura textil creada con las mujeres de la casa de Aristarco produjo un importante beneficio económico (Xen., *Mem.*, 2,7). La misma aparición de manufacturas “externas”, con obreros de ambos sexos —la hilatura todavía en manos de mujeres—, a partir del siglo IV, supone un reconocimiento de su alto valor económico, traducido en grandes beneficios para los propietarios. Aunque la mayor parte del trabajo femenino tenía su producción y consumo dentro de la casa y no estaba destinado al mercado, esto no resta valor a su aportación económica al *oikos*. No deja de ser significativo que la Revolución Industrial se iniciase en la industria textil —demostración del alto valor económico de este trabajo esencialmente femenino—, que la separación radical entre público y privado se produjese a raíz de este cambio, y que la conceptualización contemporánea de la Economía se realizase a partir de este momento, coincidiendo con la enajenación de la actividad productiva del ámbito doméstico.

<sup>45</sup> Ver Barber, E.J.W.: “The Peplos of Athena”. En Neils, J.: *Goddess and Polis. The Panathenaic Festival in Ancient Athens*. Princeton, 1992, pp. 103-117; Jenkins, I.D.: “The ambiguity of Greek textiles”, *Arethusa*, 18 (1985) 109-132; Keuls, E.: “Attic Vase-Painting and the Home Textile Industry”. En Moon, W.G. (ed.): *Greek Painting and Iconography*. Wisconsin, 1984, pp. 209-230.

<sup>46</sup> Ver Pomeroy, *Xenophon*, pp. 61-68, sobre el valor económico del trabajo textil.

<sup>47</sup> Hom., *Il.*, 9,128-130, 270-271; 19,245-246; 23,262-265; 22,702-705. También *Od.*, 15,417-419.



Otra de las paradojas actuales con respecto a la Antigüedad se produce en la valoración del trabajo. Para el capitalismo, el trabajo es bueno. Sin embargo, generalmente la ideología aristocrática antigua consideró el trabajo manual impropio de hombres libres —a excepción de la agricultura—<sup>48</sup>, pero sí apropiado y deseable para las mujeres. El amor al trabajo (*philergia*), simbolizado en la aplicación al trabajo textil, era una de las virtudes más valoradas en una mujer, pero no en un hombre<sup>49</sup>.

Igualmente, la reproducción, aparte su función económica de producción de fuerza de trabajo, también puede ser una actividad económica cuantificable en términos económicos. Un ejemplo importante es la reproducción de la mano de obra esclava, que adquirió singular importancia en la Grecia helenística y Roma, donde llegó a ser la principal fuente de abastecimiento, y donde incluso se incentivó la producción de hijos por parte de las esclavas, que aumentaban su valor o sus posibilidades de manumisión en virtud de los hijos que produjeran<sup>50</sup>. Otro caso notable es el de las nodrizas. El valor económico de su capacidad reproductora —en tanto mujeres, se consideraba que les era propio el cuidado de niños propios y ajenos, además de su capacidad para la lactancia—, era comercializado tanto por sus amos, en el caso de las esclavas —en la casa o alquilándolas a terceros—, como por ellas mismas, en el caso de las libres, vendiendo en el mercado de trabajo sus cuidados y su leche (Dem., 57,35-45). Un producto este último, por cierto, perfectamente comercializable, de ahí que éste sí haya sido considerado trabajo por el pensamiento económico contemporáneo<sup>51</sup>. Además, la mujer libre tiene, por sí misma, un valor económico expresado en la dote, que podía ser un bien intercambiable. El matrimonio funciona como una transacción comercial (compra de la novia, dote). De este modo, el parentesco en Grecia tenía numerosas e importantes implicaciones económicas: producción de fuerza de trabajo, intercambios mercantiles de personas y bienes, etc. Es, por tanto, un hecho económico incluso tal y como se entiende hoy en día. De ahí la paradoja: los economistas creen que había un desinterés por la economía en una sociedad que incluso ponía precio a las personas.

Las mujeres reproducen los seres, los medios y los mismos materiales. Hallamos, por tanto, que no es posible una separación de producción y reproducción en la Antigüedad, como no lo es en las sociedades precapitalistas<sup>52</sup>, y que tampoco son aplicables los conceptos de la economía doméstica. Mientras que en el mundo actual se ha establecido una separación clara entre esfera productiva (fuera, pública, mercantil) y reproductiva (dentro, privada, no mercantil), por más que esta diferenciación desvirtúe el análisis global de la economía, antes del capitalismo producción y reproducción se realizaban en el mismo espacio. Parte del problema deriva de la tradicional desvalorización general de las mujeres, que ha conducido a la desvalorización de

<sup>48</sup> Austin y Vidal-Naquet, *Op.cit.*, pp. 29-33.

<sup>49</sup> Por ejemplo, Arist., *Ret.*, 1361a1-11. Amplia exposición sobre el tema en Keuls, E.: *The Reign of the Phallus. Sexual politics in ancient Athens*. Nueva York, 1985, pp. 229-266; Mirón Pérez, M.D.: "Tiempo de mujeres, tiempo de hombres: género, ocio y trabajo en Grecia antigua". *Arenal*, 8/1 (2001), 5-37.

<sup>50</sup> Martínez López, C.; Mirón Pérez, M. D.: "Mujeres esclavas en la Antigüedad: Producción y reproducción en las unidades domésticas". *Arenal*, 7/1 (2000), 5-40, especialmente pp. 37-40.

<sup>51</sup> Narotzky, *Op.cit.*, p. 47.

<sup>52</sup> Sobre la casa como núcleo de producción y reproducción en antropología, ver Yanagisako, S.J.: "Family and household: the analysis of domestic groups". *Ann. Rev. Anthropology*, 8 (1979), 161-205.

lo que a ellas está ligado. De este modo, cuando se definió el pensamiento económico actual, no se tuvo en cuenta la aportación de las mujeres, como se desdeñó lo privado. Hay que señalar que la valoración del trabajo en el capitalismo coincide con una época en que se devuelve a las mujeres a casa, de modo que trabajo se asimila a trabajo de fuera, mientras que el trabajo productivo de la casa pasa al mundo exterior<sup>53</sup>. A la hora de aplicar estos puntos de vista a la Antigüedad, aun con sus críticas, se traspasaron estos mismos valores, lo que conllevó el olvido de una parte fundamental de la economía. Por ejemplo, la no valoración de las mujeres libres, excepto cuando entran en competencia con esferas y espacios de hombres, incidió en la no valoración de las esclavas, incluso cuando se “rescató” para la investigación a sus compañeros varones. De modo que, para muchos de los investigadores sobre la esclavitud, el trabajo de las esclavas se reducía a un servicio doméstico no productivo y su estudio, si es que se produce, se subordina al de los esclavos varones, a pesar de que, según todos los indicios, el origen de la esclavitud fue esencialmente femenino<sup>54</sup>.

No es así de extrañar que la mayor parte de la historiografía actual haya llegado a la conclusión de que no existía el concepto de economía en la Antigüedad. Y, sin embargo, existía ese concepto, del mismo modo que existía la palabra de la que procede el término actual —en griego moderno, *oikonomia* ha tomado sin problemas la acepción contemporánea—, pero lo que ha variado es lo que los economistas entienden como “economía”. En realidad, hay un error generalizado en aplicar, como si de algo ahistórico se tratase, los conceptos propios de la economía de mercado a todas las culturas y épocas históricas, por lo que la reproducción y el trabajo doméstico han sido considerados fuera de la esfera económica<sup>55</sup>, y sólo en los últimos años se están abriendo paso poco a poco como objeto de estudio en el pensamiento económico. Gran parte de la teoría económica ha considerado que “transculturalmente existe un componente económico de la existencia humana que puede ser estudiado con independencia de otros aspectos de la vida humana”, postura liberal que niega la influencia que tienen sobre el mercado factores tales como el género, la religión, la política, etc.<sup>56</sup> Esta limitación se agrava en el estudio de las sociedades antiguas, al dar por sentado que economía y familia son ámbitos separados, como es concebido —erróneamente— para las sociedades capitalistas, y, por tanto, al considerar que la familia no tiene relación con la actividad económica, entendida ésta como producción e intercambio de bienes para obtener un beneficio.

Sin embargo, en la sociedad griega, la unidad básica de producción es el oikos, que coincide con la célula de reproducción. De ahí el interés de los “economistas” griegos por las relaciones sociales correctas dentro de la casa y su recurso al moralismo. Un buen funcionamiento de los agentes de la reproducción biológica y social es garantía de un buen funcionamiento económico en el amplio sentido de la palabra. Por otro lado, en un principio, exceptuando los botines de guerra y un comercio poco desarrollado, toda la actividad económica se realizaba en su seno, desde la agricultura hasta

---

<sup>53</sup> Sullerot, *Op.cit.*, pp. 19-21, 36-42.

<sup>54</sup> Martínez López y Mirón Pérez, *Op.cit.*, pp. 8-17.

<sup>55</sup> Ver Nicholson, *Op.cit.*

<sup>56</sup> *Ibidem*, pp. 29, 43.

la elaboración del vestido, pasando por la transformación de alimentos. De ahí que la economía fuese por definición economía del *oikos*. Es un concepto bien claro en el mundo homérico. La diversificación de actividades, el crecimiento del comercio y la formación de entes económicos más amplios, no obstante, no incidieron en una adaptación del significado de *oikonomia*, quizá porque la Economía no habría sido para ellos más que el conjunto de las economías de cada *oikos*, y de la *polis* entendida como un gran *oikos* común. No obstante, la aparición de tratados sobre *oikonomia* coincide con una época donde la economía ha traspasado con creces, y desde hace bastante tiempo, la puerta de la casa, y donde tanto los conceptos antiguos de *polis* como de *oikos* han entrado en crisis, y se hace necesaria una teorización al respecto, a menudo para recuperar los valores tradicionales ahora en crisis.

En efecto, la crisis del siglo IV supuso, más que una crisis económica, una crisis del sistema de valores sociales, entre los que se incluían los vinculados a las relaciones de género, en un mundo que asistía a una progresiva, aunque tímida y no definitiva, incorporación de la mujer al mundo de fuera<sup>57</sup>. Significativamente, en el siglo IV se produce un cambio esencial en el contenido de *oikonomia*, como consecuencia de estas transformaciones socioeconómicas. Hasta finales del siglo V las pocas menciones a *oikonomos* —aquél que dirige la casa— se referían a la *despoina*, la señora de la casa, al mundo estrictamente del interior. Sin embargo, a partir del siglo IV, desaparece la mujer *oikonomos* y tomará su lugar el varón *oikonomikos*, protagonista de los tratados, una señal clara de la importancia creciente de la noción en tanto se extiende al ámbito público<sup>58</sup>. Mientras que el *oikos* tradicional no había necesitado conceptualizaciones teóricas para sustentarse —era algo natural y, por tanto, de explicación innecesaria— y era un asunto “casi” meramente privado, en el siglo IV parece convertirse en un tema de mayor interés público y, por tanto, digno de ocupar a la filosofía. Al mismo tiempo, surge una preocupación por la actividad económica externa del —no ajena al— *oikos*. Al mismo tiempo, en esta época entran en contradicción los intereses económicos del *oikos* y de la *polis*, los intereses privados y públicos, y los autores de las clases pudientes, de manera especial en Atenas, propugnan una mayor importancia de los primeros<sup>59</sup>.

Por tanto, la no disociación entre casa y economía —lo mismo que no se produjo entre economía y todo lo demás— en la filosofía griega ha llevado a los historiadores contemporáneos a afirmar que no hubo pensamiento económico en la Antigüedad. Bajo estas mismas premisas, la actividad económica en el seno del *oikos* no ha sido objeto apenas de atención, y el papel de las mujeres en él generalmente ignorado.

Y, sin embargo, el *oikos* nos puede dar la clave para un estudio de la economía antigua en toda su dimensión. En tanto unidad productora/reproductora, el saber que la analiza, la *oikonomia*, estudia la producción y la reproducción. Los pensadores antiguos intuyeron, aunque fuese más a nivel moral que material, una visión más amplia de la economía que la surgida del siglo XIX.

<sup>57</sup> Mirón Pérez, “Mujeres de Atenas”; Pomeroy, *Xenophon*, pp. 30-33, 46-50.

<sup>58</sup> Descat, *Op.cit.*, pp. 104-109. Sobre la aplicación por Jenofonte del término *oikonomia* al ámbito público Ver, Pomeroy, S.B.: “The Persian King and the queen bee”. *AJAH*, 9 (1984), 98-108.

<sup>59</sup> Humphreys, S.: “Public and private interests in classical Athens”. En *Op.cit.*, pp. 22-32.

